

Escritura y desplazados en Colombia. ¿Y la educación?

Miguel Alberto González González¹

Resumen: La humanidad se ha desplazado, ha sido bastante nómada, tal vez, en los últimos siglos el sedentarismo ha sido mayor, no obstante, los flujos, las movibilidades humanas se siguen manteniendo. El ser humano se convulsiona, se desplaza, cambia de lugar, unas veces por voluntad propia, por buscar mejores condiciones, otras que es el caso de Colombia, corresponde en su mayoría a presiones de grupos armados violentos, grupos de izquierda o derecha que deciden forzar la movilidad de las comunidades, sus métodos son violentos y agresivos hasta asegurar que nadie quede en esos territorios, escenarios que luego usarán para sus propósitos o para favorecer algún poder económico que las requiere, que ve en esos lugares grandes posibilidades económicas para la explotación minera, para el cultivo ilícito de estupefacientes, para la agricultura en todas sus modalidades o para centros habitacionales. El tema no es ajeno a ningún sector social, por ello la literatura explora desde múltiples lenguajes esa realidad colombiana que, en parte, se repite decenio a decenio y que también se registra en otros escenarios africanos, asiáticos o europeos como en las recientes guerras de los Balcanes.

Palabras Clave: desplazamiento forzado, migración, educación, tecnologías del desplazar, paz.

¿Cómo abordan la migración en Colombia algunas narrativas literarias?

Por alguna razón, no fácil de comprender, Colombia se tornó en territorio fácil para los violentos, un territorio donde desplazar, donde dejar al campesino fuera de sus

¹ Miguel Alberto González González. PhD en Ciencias de la educación en la Universidad Tecnológica de Pereira, Rudecolombia y PhD en Conocimiento y Cultura en América Latina.. Entre sus publicaciones cuenta con los libros: Amores Prohibidos de Kalkan (1998); Analectas de la Caverna (2004); Horizontes Humanos: límites y paisajes (2009); Umbrales de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente (2010); Resistir en la Esperanza. Tertulias con el tiempo (2011). Horizontear las utopías y las distopías (2011); Desafíos de la universidad. Miradas plurales, Carpe Diem (2012). Posee textos en revistas nacionales e internacionales. Ha participado con ponencias en eventos académicos de Argentina, Costa Rica, México, España, Chile, Brasil, Francia, India, Dinamarca, Italia, Turquía y Colombia. Docente e investigador de la Universidad Católica de Pereira, Colombia. Correo electrónico: miguel.gonzalez@ucp.edu.co, mgcaronte@me.com

tierras pasó a ser una de las grandes tecnologías, las tecnologías del desplazamiento. Para ello se han conformado ejércitos de ultraderecha o ultraizquierda, cuyo interés de ejercer violencia esconde algo más dramático, apoderarse de las tierras, no importa la desgracia humana, ya no sólo es desplazar sino desterrar, quitar las tierras y las vidas si es el caso.

La literatura colombiana algo ha mencionado sobre el tema, como es el caso del escritor Evelio Rosero (2010) con su novela *Los Ejércitos*, que ha sido bastante premiada, pone de manifiesto este problema de la migración "Escribo para exorcizar los dolores de la violencia" explica Rosero, luego expone que "He hablado con los desplazados de Cali, donde vive mi mamá. Sus experiencias alimentaron parte de mi historia. Todas las anécdotas que narro son reales". Con desplazados y con fusiles de por medio nadie puede ganar la guerra, obtendrá tierras y poder, pero sembrará odio, aunque, quizá, pueda dar paso a la erótica.

En el mismo sentido desde la escritura colombiana Laura Restrepo (2001) con su libro *La multitud Errante* hace una mirada al desplazamiento en Colombia, a la migración interna que luego termina extendiéndose a Ecuador, Venezuela, Estados Unidos o España. No obstante, desde la migración no todo es tragedia, puesto que como lo señala Laura Restrepo, también nace el amor, la esperanza y los encuentros con otras personas, donde el amor, pese a los imaginarios negativos, es posible en las migraciones. En idéntico sentido, el cronista Alfredo Molano, dedicado a comprender la problemática de la guerra colombiana y de los desplazados, nos aporta a esta mirada con su libro *Ahí les dejo esos fierros*, donde fierros es un eufemismo de armas.

Adentrarse por la pasión instituyente, por un pensar raizal, por un pensar seminal, donde la migración es un acto de violencia, una suerte de despojo, pero, vaya paradoja, ocurrida ésta se despeja un reencuentro con otra humanidad que, a lo mejor, también ha sido desplazada. Desde estas escrituras o desde el mismo éxodo bíblico se confirma cierta persistencia humana, es como si la gran historia de la humanidad fuera la migración, el tener que desplazarse porque algún poderoso así lo dispone. De ahí que la literatura ha estado para registrar los desplazamientos, forzados o no, de la

humanidad. Desde los andares bíblicos u homerianos hasta las novelas *Los Ejércitos y La multitud*, en algo nos congrega la escritura: en la migración de las gentes, es como si desde la literatura fuésemos unos eternos desplazados, incluso, desplazados del paraíso mismo.

La educación, como en muchos casos nos debe respuestas, luce pálida y escuálida como lo menciona el mismo Ministerio de Educación de Colombia, ni siquiera tiene acciones claras al respecto: “por lo menos, 35% de la población adulta desplazada no ha recibido instrucción²”. Estos datos nos muestran que el desplazado en Colombia sufre no sólo expatriación o pérdida de su tierra, de sus bienes, de su cultura, también recibe indolencia e indiferencia del sistema educativo. En Colombia, la guerra no se le quiere nombrar, se vive en ella, pero se le llama con eufemismos: conflicto interno, pugnas políticas, acciones del narcotráfico, desadaptaciones sociales o, para matizar más, acciones de grupos terroristas, pero casi todos, gobiernos y sociedad han negado la guerra y, por tanto, se asigna al desplazamiento un carácter propio de delincuencia, pero no que tenga relación con la guerra interna, guerra que, a pesar de tantas evidencias, no se acepta en el imaginario gubernamental, académico y político, quienes mejor han insistido que si estamos en guerra son los escritores que apoyados en la diaria vivencia y en conversaciones con los actores nos hacen notar que si vivimos una guerra, así presidentes, militares y otros poderes de turnos se empeñen en negarla.

Desde algunos escritores colombianos, se abordará la migración interna o desplazamiento y la migración hacia otros países, no sólo como la tragedia de abandonar una región, sino ante el abandono mismo de la educación. Desde la literatura se dará la mirada a ese mundo de la errancia, del desplazamiento en tierras del olvido, en tierras colombianas que desde la educación hasta la historia ha olvidado, pero que la literatura no quiere que ello suceda, se adentra por aquellos dramas de los desplazados, de los desterrados.

Será, entonces, desde las narrativas citadas, pero con la lente en la educación, que se ampliará la mirada al problema del desplazamiento interno y externo de Colombia,

² <http://www.mineducacion.gov.co/1621/article-87379.html> (Recuperado el 29-01-2012)

de una errancia de las comunidades, unas veces forzadas por la violencia armada, otras por las dificultades económicas y algunas en busca de mejores oportunidades, pero que en todo caso, deben abandonar su primer paraíso. Cada que nos desplazan nos expulsan del paraíso, pero este acontecimiento nos puede estar abriendo a la erótica, a la pasión de aquello por venir, de aquello que antes no intuíamos ni mucho menos escribiríamos. Gracias a la escritura sabemos de los desplazados, de sus penurias y, por supuesto, de sus eróticas. ¿Qué o quienes promueven la migración en Colombia? ¿Quiénes son los dueños de la guerra, quienes ordenan hacer la guerra? Son preguntas raizales, cuyas respuestas no podemos buscar sólo en las hojas de los árboles o de los libros, debemos ir a las raíces, a las fuentes mismas, porque si algo es claro es que nadie quiere hacerse cargo de la guerra ni de sus consecuencias, culpar al otro es lo mejor que se sabe hacer, no buscamos causas sino culpables para desprendernos de lo que realmente la origina.

Ella anda siguiendo, como yo, la vida.

Si algo aplica para esta discusión, recordemos que Sócrates prefirió la muerte bebiendo la cicuta que el destierro como pena, el destierro es tan infame como el secuestro, la tortura o el asesinato, desterrarse es quedarse sin tierra, sin patria. Un errante, un desplazado no es que busque otro lugar por capricho, puede ser posible, pero en el caso de Colombia, la errancia, en el fondo, en lo profundo del problema, en lo profundo del alma, no es más que un resguardar la vida para que la muerte no lo alcance, no los alcance, no nos alcance sin haber vivido lo suficiente, Restrepo (2001, p. 14) “Quería saber si había pasado por aquí una mujer refundida en los tráfico de la guerra”. Los tráfico, los tránsito de la guerra colombiana han hecho refundir personas, han hecho refundir esperanzas, no sólo mujeres, claro, también hombres y niños, lo complejo es que aún en el primer decenio del tercer milenio siguen refundiéndose personas, siguen desplazándose personas por motivaciones venidas de un conflicto armado, de un conflicto que en 50 años nada ha ganado, pero si ha sepultado toneladas

de vidas, toneladas de sueños y ha desplazado a más de cinco millones de colombianos, de hecho, es la nación, en el mundo, con mayor número de refugiados.

Los periódicos colombianos hacen constante eco de los desplazamientos internos y externos, de los actos violentos que ponen a miles de personas a migrar, a caminar sin rumbo. El siguiente dato ya nos estremece “"Unos 4,9 millones de personas han sido desplazadas internamente en Colombia desde 1985 hasta 2009", dijo el representante de Consultoría para los Derechos Humanos (CODHES), que desde hace dos décadas realiza junto a la Conferencia Episcopal colombiana un monitoreo sobre el desplazamiento forzado³". Ya no es sólo Matilde Lina en la novela *La multitud errante* de Laura Restrepo (2001) la que sigue la vida, son los millones de los desplazados con otros tantos de familias queriendo saber de ellos, bien porque se encuentran en tierras lejanas o, bien, porque ya desaparecieron, son fantasmas, se nos murieron o, peor aún, los asesinaron y los desaparecieron, instaurando, tumbas en la selva, en los ríos o en el aire, como fue el caso del Holocausto Nazi, el cual también se ha imitado en Colombia.

En la multitud errante, todo es recuerdo, todo es nostalgia, todo se confunde, pero los recuerdos llegan con cierta claridad, eso, cuando los mismos recuerdos quieren o pueden reencontrarse con la claridad del horror, Restrepo (2001, p.11) “Enterré a mi marido y a tres de mis hijos y salí corriendo con lo que me habían quedado”. Este relato de uno de los personajes de la multitud errante, nos acerca al dolor de los últimos cincuenta años de Colombia, mujeres viendo morir a sus hijos y cónyuge, mujeres rehaciendo sus vidas luego de muchas barbaridades, mujeres instaurando vida en otras tierras donde luego podrán repetir la historia, ver morir a sus amados o, aún más, afrontar su propia muerte. La guerra partidista en Colombia vivió los extremos, pero también nos enseñó a vivirlos, se era liberal o conservador, rojo o azul, los azules de la iglesia y los rojos del diablo, Restrepo (2001, p. 31) “Los conservadores pintaron de azul todas las puertas del pueblo; pintaron de azul hasta las vacas y los burros, y dicen que al que se atreva a andar de colorado le van a tajar la garganta... viendo el caso

³ <http://www.elespectador.com/articulo-234028-colombia-registra-49-millones-de-desplazados-conflicto-armado>. (Recuperado 05-01-2012)

irremediable, los rojos de Santamaría le dijeron adiós a su tierra, mirándola de lejos por última vez”. Este relato ya nos pone en cuestión, en esa lucha partidista algo más se ocultaba, asesinar, obligar a la errancia para apoderarse de las tierras, para también apoderarse políticamente del poder de la región, Restrepo (2001, p. 31) “Dicen los azules que sólo paran cuando hayan derramado toda la sangre liberal. Dicen que así piensan ganar las elecciones próximas”. Ya no queda duda, no se asesina sólo por odio, también por conveniencia política.

El relato que se inicia con los asesinatos y desplazamientos, luego de la muerte de Jorge Eliecer Gaitán el 09 de abril de 1948, parece una descripción o reedición de lo que ocurrió en la década de los 90s y lo que aún acaece en el primer decenio del siglo XXI, el horror de abandonar las tierras por matanzas colectivas, Restrepo (2001, p. 32) “Aquí y allá se les fueron incorporando otras montoneras liberales que también vagaban al garete; nuevos desplazados por desahucios y matanzas; más sobrevivientes de pueblos y campos arrasados”. Esas romerías de los 50s se parecen tanto a los desplazamientos actuales, en aquella época, liberales y conservadores, ahora, guerrillas, paramilitares y soldados, pero en el fondo, sirven para lo mismo: alguien se beneficia, alguien compra esas tierras o simplemente las rapta para sí, a fin de cuentas no hay ni habrá quien las reclame.

En estas formas de odiarse, cualquiera sospechoso, incluso, condenado antes de un juicio, a partir de los 90s, sindicado y señalar es una ley, se enjuicia por ser de la ultraizquierda, ultraderecha, oficialista o, simple, por ser neutral, Restrepo (2001, p. 73) “Se miró los zapatos nuevos con una tristeza insondable y se dispuso a desamarrar el cordón con la resignación del condenado a muerte que estira el pescuezo hacia el filo del hacha”. Un comentario, una amistad, un escrito o una mirada pueden ser valorados para una condena a muerte.

Buscar refugio o albergue cuando se es desplazado es otra odisea, los apoyos son temporales, en toda parte estorba un refugiado, un desplazado lo único que sabe es que no le quieren de donde lo desterraron y tampoco lo quieren donde llegan, Restrepo (2001, p. 88) “Nadie llega aquí para siempre; esto es sólo una estación de paso y no

ofrece futuro. Durante cinco o seis meses les damos a los desplazados techo, refugio y comida, mientras se sobreponen a la tragedia y vuelven a ser personas”, relata una de las encargadas del albergue para desplazados. Ser desterrado es llevar sobre sí una extraña condena, es empezar a cultivar el odio y a edificar las posibles venganzas.

El desplazado hasta del amor es desplazado: “no me parece cosa prudente enamorarse de uno de los desplazados” (RESTREPO, 2001, p. 93), le dice la monja del albergue a Ojos de agua. Así son las realidades de los desplazados internos, pero es similar a la que sufren quienes emigran del país a Estados Unidos o Europa, pocos los quieren, pocos los creen inocentes.

Abandonar el lugar donde todo se tiene es como abandonar el paraíso, algo similar debió padecer Adán, según el relato bíblico, a diferencia que él no debió soportar la muerte de sus vecinos o de sus propios familiares, Restrepo (2001, p. 103) “En menos de dos semanas, la racha de crímenes que devastaba la zona había dejado un saldo de veintidós personas ajusticiadas”. Aquí ya se ronda por las tecnologías del asesinato que, para la realidad colombiana, son también tecnologías del desplazar.

Desplazamiento forzado, desplazamiento por tierras. Tecnologías del desplazar.

Hay, evidentemente, un desplazamiento por tierras bajo curiosos pretextos, pero cuyo destierro es por apoderarse de vastas zonas, en esto hay una tecnología del desplazar, toda una industria. Ya nos dice ACNUR, Alto Comisionado de la Naciones Unidas para los Refugiados, que el Desplazamiento forzado y despojo de tierras en Colombia es como sigue “Hasta mayo de 2011, la Agencia Presidencial para la Acción Social - organismo del gobierno que coordina la política frente al desplazamiento - ha registrado a cerca de 3,7 millones de personas que han sido forzadas a abandonar sus lugares de residencia. De ellas, cerca del 70 por ciento tenían vínculos con la tierra - como propietarios, poseedores, tenedores u ocupantes⁴”. El problema de la tenencia de

⁴ <http://www.acnur.org/t3/operaciones/situacion-colombia/desplazamiento-interno-en-colombia/> (Recuperado 09-01-2012)

la tierra no se ha discutido en el país, de hecho, a quienes se hacen a las afueras de un predio, buscando un pequeño espacio de 60 metros cuadrados o menos para construir su casa se le denomina invasor y, luego, con fuerza pública de por medio son forzados a salir, perdiendo sus pocas pertenencias e iniciando una nueva romería, una nueva caminata, un nuevo desplazamiento

Ya el siguiente relato del libro *Los Ejércitos* nos pone en tensión, nos pone en realidad con la violencia, con lo que obliga a mucha gente a desplazarse dentro del país e incluso a huir fuera del mismo por el resto de la vida antes que caer muertos en otro ataque, “Tempranamente huérfana, sus padres habían muerto cuando ocurrió el último ataque a nuestro pueblo de no se sabe todavía qué – si los paramilitares, si la guerrilla: un cilindro de dinamita estalló en mitad de la iglesia, a la hora de la Elevación, con medio pueblo dentro; era la primera misa de un Jueves Santo y hubo catorce muertos y sesenta y cuatro heridos” (ROSETO, 2010, p. 12). Tal cual avanza este párrafo, los que vivimos en Colombia sabemos que eso fue cierto, así no identifiquemos el pueblo ni la iglesia, de lo que no se duda es que ello ocurrió y, para colmo, no una sino muchas veces y, que por paradójico que parezca, puede volver a ocurrir.

En un informe publicado en el 2004 por Amnistía Internacional destaca lo siguiente “Durante los últimos 20 años el conflicto armado interno en Colombia se ha cobrado la vida de al menos 70.000 personas, la gran mayoría de ellas civiles muertos fuera de combate. Decenas de miles han sido secuestrados, “desaparecidos” y torturados, y más de tres millones se han visto obligados a abandonar sus hogares⁵”. Si bien, no hay acuerdos en cifras, algunos llegan a escribir que son unas 150.000 personas asesinadas durante los últimos 30 años, claro, no dentro del conflicto, pero si como consecuencia del mismo, no obstante, ningún gobierno quiere reconocer esta realidad, se hace el sordo o inventa historias que ni el mismo poder se las cree, pero que si les sirve a sus propósitos de gobernar, de someter, más que de solucionar el problema.

⁵<http://www.google.com/search?client=safari&rls=en&q=ataques+a+poblaciones+en+colombia+durante+los+ultimos+20+años&ie=UTF-8&oe=UTF-8> (Recuperado 11-01-2012)

Por la violencia en Colombia, muchos ordenamientos se han mutado, de hecho, los asesinos, los que integran los ejércitos, ya han tenido experiencia asesina; muchos son sicarios desde jóvenes o cuando menos inician aún siendo niños, “Sus ojos me obligaron a pensar que me iba a disparar hasta agotar las balas. Y fue cuando descubrí: el asesino era un hombre joven; debía de ser un niño de once o doce años. Era un niño” (ROSERO, 2010, p. 12). Se aprende pronto el oficio, primero de asesinar, luego secuestrar y, para finalizar, de desterrar a todo aquel que presumen peligroso, pero que no merece si quiera una bala a decir de ellos mismos.

Los desaparecidos, de los que nunca más se sabe, ni se puede decir que están muertos o están vivos, porque no hay razones suficientes para afirmarlo, “Los 9 de marzo, desde hace cuatro años, visitamos a Hortensia Galindo. Es en esta fecha cuando muchos de sus amigos la ayudamos a sobrellevar la desaparición de su esposo” (ROSERO, 2010, p. 27). Es otra forma de desplazar, se secuestra a alguien y muchos por temor deciden abandonar el lugar, puesto que pueden ser los siguientes de la lista.

Las muertes no pensadas, las muertes no buscadas, son otras de las tragedias, balas pedidas, como si fuese cierto, porque casi siempre encuentran a alguien en su recorrido, Rosero (2010, p. 32) “No cumplía todavía los veinte años cuando lo mató, en una esquina, una bala perdida, sin que se supiera quién, de dónde, cómo”. Muertos que no tienen responsable, no porque no lo haya, sino porque una bala pérdida nadie pregunta a quien pertenece, quien la disparó, no hay tiempo de ello, ni en la comunidad errante, ni en las mismas autoridades que, a veces, no logran identificar el lugar de residencia de los familiares de las víctimas porque éstos están huyendo o, en muchos casos, ya fueron desaparecidos por los mismos que disparan las balas perdidas que bien pudiese ser un buen lema para la justicia, anda tan perdida como las balas.

De la tragedia, ni los niños están a salvo, Rosero (2010, p. 35) “Mataron a una recién nacida y se persignan: Descuartizada. No hay Dios”. Cuando no dan con el adulto, deciden matar a su hijo o hija como advertencia, en otras ocasiones los asesinan porque como decía un conservador en los años 50s: a los liberales se les combate desde niños. En otros casos se les secuestra, se les arranca de su entorno.

Del secuestro, de ese si que se ha conocido bastante, “Carmina Lucero. Alguien me contó que se murió de cautiverio, a los dos años. Yo no sabía todavía quienes eran, si guerrilla, si paras” (ROSERO 2010, p. 47). Morir de cautiverio, no es lo mismo que morir en el cautiverio, en este caso, el cautiverio es una enfermedad, que no es ninguna exageración mueren en el cautiverio militares, guerrilleros, paramilitares o población civil, en todo caso, prefieren verlos morir antes que regresarlos a sus familias por no pagar el rescate o por no llegar a un acuerdo con el gobierno.

El servicio militar obligatorio lo copiaron los otros ejércitos que también necesitan de gentes para las guerras, sean guerrillas, paramilitares o militares, todos necesitan de personas para empuñar los fusiles, bien para matar, bien para secuestrar o bien para defender no se sabe cual patria, cual honor, cual comandante o para que luego secuestren a sus mismos ciudadanos, “Que se lleven a alguien es un asunto común y corriente, pero resulta delicado averiguar demasiado” (ROSERO, 2010, p. 65). Llevarse a alguien es ponerlo en términos de indefensión, se lo llevan para integrar los ejércitos, se lo llevan para secuestrar o para ser asesinado.

Nada es gratuito, todo tiene un precio, el pago de vacunas o extorsiones es otra cara, de la misma moneda, del conflicto, “Tengo entendido - dice - que el brasilero pagaba sus buenas vacunas, tanto a los paras como a la guerrilla, a escondidas, con la esperanza de que lo dejaran tranquilo ¿Y entonces?” (ROSERO, 2010, p. 68). Hasta de recibir dinero se cansan, quieren algo más, las tierras, la vida o, simplemente, estorba a sus propósitos, hay que ponerle minas, desaparecerlos.

Las minas antipersonas, las mismas que siembran los ejércitos saben hacer de las suyas, las víctimas pueden ser los enemigos, un niño inocente o una madre en embarazo, “Otra minas quiebra patas han estallado, o se dejan oír... parecemos sitiados por un ejército invisible y por eso mismo eficaz” (ROSERO, 2010, p. 68). Hay comunidades sitiadas no sólo por los ejércitos despiadados de la guerra, sino por las propias minas que estos ejércitos siembran o los artefactos de guerra que dejan abandonados.

En cualquiera de los asaltos a poblaciones quedan granadas desperdigadas que, luego, los niños o adultos recogen como juegos o trofeos, pero que pagan con la vida semejante inocencia, “Me asomo por encima y descubro las manos de los niños extendidas, delgadas y morenas en torno a la granada de mano” (ROSETO, 2010, p. 129). Si tienen suerte no explota, pero aprenden a querer la guerra, a desear armas, como si no aplicara la frase kantiana: la guerra es mala porque hace más personas malas que las que mata.

El asunto es tan dramático que alcanza para fuego amigo, dizque amigo, con muertos de por medio ¿Cómo que fuego amigo?, “Dos patrullas del ejército, que operan por separado, se atacaron, y todo eso debido a un mal informante, que dio aviso de la presencia de la guerrilla en las goteras del pueblo: cuatro soldados murieron y varios resultaron heridos” (ROSETO, 2010, p. 168). A esto lo han denominado daños colaterales cuando se trata de población civil y juego amigo cuando acaece dentro de los mismos grupos en conflicto, como si los muertos no contaran y con el eufemismo se resolviera la encrucijada. Ya lo sabemos, lo primero que hace la guerra es empobrecer el lenguaje, raptarlo para sí.

Comprar tierras baratas luego de aliarse con los ejércitos guerrilleros, paramilitares o militares tiene sus réditos, tierras baratas y fáciles, “Marcos Saldarriaga el hombre invulnerable de San José... entregó millones al alcalde... millones al general Palacios..., les organizó fiestas descomunales, y empezó a comprar tierras a los campesinos, desaforado, por las buenas o las malas y el propietario que no accediera desaparecía” (ROSETO, 2010, p. 145-146). Esto resume con elocuencia la guerra de guerrillas, la guerra del narcotráfico, la guerra de los paramilitares, todos buscando no libertad, ni mejoras para el más necesitado, sino buscando más tierra, más capital para ser más poderoso.

Ya sin ayuda, sin gobierno, sin propiedades, diezmados por las muertes de sus familiares o vecinos, reducidos por el acoso armado, los desplazados salen sin regreso, “A la altura de la escuela encuentro un grupo de gente caminando en fila, en dirección a la carretera. Se van de San José: debieron pensar lo mismo que yo; son un gran pedazo

de pueblo que se va” (ROSERO, 2010, p. 190). Esto nos explica los más de cinco millones de desplazados internos y más de cinco millones de colombianos viviendo en condiciones austeras en Estados Unidos o Europa, salvo unos pocos, los demás siguen siendo tratados como ciudadanos de tercera, acusados de ser narcotraficantes o de cualquier otra cosa habida o por haber; nadie los quiere, su país los obliga a salir y donde llegan no los quieren recibir ¿Así, para que sirve tener una patria? El odio se aprende y luego se enseña, luego de tanto desprecio, ¿qué más puede seguir?

¿Y la educación?

La educación colombiana no aborda el tema con profundidad, a veces, ni lo comprende en su magnitud, no se trata de enjuiciarla, pero si vale preguntarle ¿Por qué se silencia en al aula el problema de los desplazados? ¿Por qué las violencias se imponen con tanta crueldad en el territorio colombiano y los intelectuales se silencian? El caso es que no se encuentran en los procesos formativos programas para las familias de los desplazados que den respuesta a sus nuevas necesidades; hay tanta ceguera y sordera dentro de los programas educativos que los infantes pueden perder los años escolares por ese ausentismo forzado. La educación colombiana es sorda, ciega e indolente ante los dramas de los desplazados. ¿Y después de todo esto qué sigue para el pueblo, para un país, para sus comunidades? Ya nos viene la respuesta de Rosero (2010, p. 133) “Profesor, ¿por qué no se va con nosotras, con nuestras familias?”. Va siendo momento de errar por el mundo, de irse desplazado por la tierra contando sus miserias, relatando sus dolores, al lado de otras comunidades errantes, al lado, tal vez, de los mismos ejércitos que, luego, llorarán y caminarán con sus propios dolores, con sus propios abandonos, con sus propios destierros.

Hay que irse, no hay de otra, “Lo único que recomiendo al mundo es largarse, y cuanto antes. El que quiera morir que se quede” (ROSERO, 2010, p. 159). Y por si las paradojas de Colombia no fueran bastantes, vuelve ahora el presidente con su tema de negar la guerra, “El presidente afirma que aquí no pasa nada, ni aquí ni en el país hay guerra” (ROSERO, 2010, p. 161). Hasta eso llegamos a inventarnos, que en Colombia no

hay guerra, que ni la ha conocido, esto es capaz de decir cualquier industrial o político que le da dizque por mejorar la imagen del país en cualquier otro continente, reclama y hasta alega que en Colombia no hay guerra y en esos continentes con sus países vendedores de armas están de acuerdo no hay guerra, pero le siguen vendiendo armas al Estado, a los guerrilleros, a los narcotraficantes, a los paramilitares que reunidos son como la misma miseria, para que asesinen y desplacen, algún día vendrán a colaborar con eso que los pueblos claman: la paz.

¿Cuál educación? La de los dueños sin tierra, la de los sueños perdidos, la del hambre y la tristeza o la desolación y la desesperanza. Colombia hundida en la tiranía del más fuerte, de los eufemismos escondidos, de la educación por pedacitos, donde los estudiantes protestan y no los dejan hablar y si hablan deben hacer acuerdos o son desplazados. Una educación gratuita pagada con sangre, una entrega de almas cargadas de armas, el dolor, la muerte, la iniquidad y la desigualdad. ¿Cuándo tendremos educación? Para no enseñar ni multiplica el odio, para no ser un eslabón más de la cadena.

El odio es enseñado, el hacer desplazar es un eslabón más de la cadena

En la violencia, para enseñar a perder el dolor o algún sentimiento de conmiseración a la hora de forzar desplazamientos, se enseña a matar, esa es la palabra sin eufemismos, escuelas de asesinos, “Me mandaron a liquidar a una guerrillera que no había querido colaborar: la habían detectado haciendo una remesa en una cooperativa que era nuestra, pero que nadie sabía. La siguieron y cuando ya tenía todo organizado y se montaba al carro, le caímos. No supo que decir ni que explicar. Temblaba... el bachiller dio la orden, llévenla al quebradero... me dijo: aprenda usted a hacerlo” (MOLANO, 2009, p. 11). Esto es una suerte de rito muy típico, una suerte de consagración cívica de la sangre, me hago grande, frente a la sangre que hago derramar, así como se fabrica la escritura, se fabrican los productos domésticos, así también se fabrican a los hombres y mujeres que odiarán, que asesinarán y que luego facilitarán el

proceso para que la gente se vaya y otros o, los mismos latifundistas, compren esas tierras; por tanto, todos constituirán un eslabón más de la cadena.

No es extraño que se hable de paz en medio de la guerra, pero la desnudez en la guerra no es de vestuario, ni de esperanzas, ni siquiera de ideas, es de armas, “Cuando una se acostumbra a andar armada, estar sin armas es como posar desnuda” (MOLANO, 2009, p. 11). Las ideas no sirven frente a un fusil, detrás de un fusil hay poder, dinero, licor, sexo y mucho miedo por expandir; por eso no se cree en la paz porque es traicionera, porque en paz se abusa como en guerra o, tal vez más, pero en la guerra todos abusan y nadie controla, “Los acuerdos de paz han traído más muertos, pensaba yo, que los combates” (MOLANO, 2009, p. 22). La guerra es una gran fábrica para dañar corazones, para hacer salvajes a los humanos.

Colombia, para recordarlo desde Eustasio Rivera, Cepeda Zamudio, García Márquez, Abad Faciolince, William Ospina se ha encontrado inmersa en un largo período de hecatombe social y moral. La corrupción de las autoridades políticas y las luchas desesperadas por el poder, han sumergido a este país en guerras y matanzas que todavía no concluyen, y que han dejado un sino de miedo en sus ciudadanos; un país que ha enseñado a dañar el corazón y la ilusión misma de cualquier paz posible.

Hay muchas maneras de dañar un corazón, la siguiente metáfora nos pone en terreno, “Yo digo que cuando la guerrilla descubrió el secuestro, se le dañó el corazón” (MOLANO, 2009, p. 29). Se puede decir que cuando descubrieron las drogas, las armas, cuando descubrieron que desplazar era un negocio y de los mejores, casi a todos, se les dañó el corazón, se les metió la violencia en la cabeza como única salida.

En Colombia no hay términos medios, se es liberal o conservador, militar, paramilitar o guerrillero y así nos vamos haciendo con ciertos rituales de violencia, “Tenía toda la violencia metida en la cabeza” (MOLANO, 2009, p. 180), porque de esto el escritor Fernando Vallejo nos advierte: El pobre surrealismo se estrella en añicos contra la realidad de Colombia.

Al dar cuenta de la violencia de los años 50s cuando apenas se conformaban los grupos subversivos uno de los personajes de Molano (2009, p. 67) dice “La verdadera

causa de tanta pelea era defender la tierra y la vida, que al final para nosotros era lo mismo". Tierra y vida, sin tierra no hay vida para un campesino, por unas tierras se iniciaron las Farc (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), por querer tener unos terrenos que algunos terratenientes se los negaron, ahí se dio inicio al grupo subversivo más fuerte de Colombia, pero esas tierras sirvieron como pretexto para extender una guerra, para hacer desplazar a otros, es decir, primero desplazados y luego forzando a otras comunidades a desplazarse, la circularidad de la venganza, la circularidad de unas tecnologías del desplazar, porque muchas de esas tierras son de grandes capitalistas, mientras los muertos, en términos generales, son los pobres: guerrilleros rasos, paramilitares y soldados rasos, campesinos rasos, pobres rasos, todos sin alcurnias con odios atávicos y expertos en asesinar al enemigo, porque un país que no sabe de perdones ni de hacer la paz, sabe mucho de guerras, de muertes, de desplazados, de odios y de olvidos, incluso, para querer olvidar que les o nos gusta vivir en guerra.

Ahí les dejo esos fierros, ahí les dejo estas conclusiones

Para rescatar la memoria de los pueblos, para no permitir que se olviden aquellos acontecimientos, en este caso, los desplazamientos y asesinatos venidos de la guerra, es necesario acudir a todas las formas posibles de evocarlas como el cine, la novela, la poesía, la pintura, la ensayística o la mismas historias de vida.

Desde las novelas, desde estos relatos ya encontramos algo que ha sido común en los informativos colombianos, extorsiones, secuestros, asaltos a poblaciones, campos sembrados en minas antipersonas, violaciones, juego amigo, daños colaterales, desapariciones y desplazamientos o destierros.

Caravanas de colombianos yendo de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo y luego de país en país solicitando un asilo o un albergue que los acepte, que los reciba sin tantos condicionamientos, porque cuando fueron desplazados, entre los múltiples

vejámenes les entregan dos condiciones infranqueables: jamás regresar y no instaurar denuncios penales.

Llámesse violencia partidista de los 50s, liberales contra conservadores o viceversa, violencia guerrillera, violencia paramilitar, violencia estatal o violencia del narcotráfico, en todo caso lo que ha dejado son tumbas sobre los caminos, cementerios improvisados, hornos crematorios al estilo Nazi y millones de desplazados cuyas tierras hoy no sabemos a quienes pertenecen o, quizá, se sospeche, pero nadie se atreva decirlo.

De la tragedia, algunos amores han surgido, algunos remansos han florecido, pero el gran dolor, el grito contenido sigue en la población colombiana, cinco millones de desplazados dentro del país y cinco millones de inmigrantes, viviendo en Europa, Japón, Estados Unidos u otros países en Latinoamérica, haciendo su vida a los empujones, rehaciendo sus vidas luego del olvido estatal, ya nos hablan de un país que no quiere y que no protege a sus gentes, de un país indolente, de una educación desinteresada por estas desventuras.

No hay políticas de Estado para repatriar a los inmigrantes, tampoco hay políticas creíbles para restituir tierras y asegurar la permanencia de las mismas bajo las manos de los campesinos que las perdieron o de sus descendientes.

La educación colombiana no se ha puesto en los zapatos ni los zapatos de los desplazados, los currícula, los espacios y los profesores tienen las mismas rutinas para toda la comunidad, eso se encuentra relatado en la literatura, en los periódicos y en las mismas voces de la calle. A lo único que tienen derechos los que migran dentro y fuera del país es a seguir corriendo, a llevar sobre sí el dolor de perder sus propios territorios. Nos falta cultura de paz, esa que se edifica con diálogo, con entrega total, con pasión pero con calma desde la labor del docente frente al problema, donde se contextualice el problema y la solución, de lo contrario, seguimos en lo que estamos, con humanos emigrando de manera forzada frente a una justicia y educación indiferentes.

La justicia luce indiferente, “Desde luego que una justicia flaca en acciones, pero opulenta en normas no resuelve las urgencias de legalidad con meros códigos ni con frases célebres. En un continente dependiente y poco autónomo que no se preocupa por

la justicia da espacio a la venganza, a la autojusticia y por ello aparecen grupos de autodefensas, bandas de limpieza social e incluso tropas subversivas que pretenden entregar alternativas de igualdad” (GONZÁLEZ, 2010, p. 65). Los ideales de igualdad se congestionan, se diluyen a los pocos días y, entonces, quedan unos grupos que de pobres y redentores pasan a ser pragmáticos y adinerados, para ello tienen la máquina de la guerra a su disposición, para ello hacen del desplazamiento una gran tecnología que alimenta sus intereses, ya no libertarios sino sectarios y precarios.

En Colombia, la guerra con sus desplazamientos, destierros y con sus masacres nada es inocente, menos se trata de una abstracción, no es la continuación de la política por otros medios, es más sencillo, pero más dramático: es una enfermedad sin identificar porque siempre la hemos negado; los políticos se han encargado de hacernos creer que somos democráticos, liberales, mientras asesinamos en nombre de la libertad, desplazamos a nombre de la inclusión, de la diversidad, de la multiculturalidad, así somos de perversos, a tal extremos que lo ocultamos y luego lo negamos, al cabo que los desplazados nos miran, nos escuchan, nos olfatean en las calles, en las plazas, en las rutas a las universidades y, cómo no, en los diferentes rincones del país.

Writing and displaced people in Colombia. What about education?

Abstract: Humanity has moved, has been quite nomadic, perhaps, in recent centuries has been more sedentary for the lifestyle, however, flows are still maintained. Man moves, displaces, changes places, sometimes by choice, to seek better conditions, other than in the case of Colombia, mostly corresponds to pressures of violent armed groups, groups from left or right that force mobility of communities, their methods are violent and aggressive to ensure that no one left in those territories, then use those scenarios for their purposes or to promote some economic power that requires, those places for great economic potential, for exploitation mining, for illicit cultivation of narcotics, for agriculture in all its modalities or residential centers. The issue is not foreign to any social sector, therefore literature explores from multiple languages that Colombian reality, partly repeats decade to decade and that is also recorded in other scenarios African, Asian or European as in the recent wars in the Balkans.

Keywords: forced displacement, migration, education, shifting technologies, peace.

REFERÊNCIAS⁶

AGUDELO, S. F. Momento y contexto de la violencia en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. **Rev Cubana Salud Pública** 2003; 29(1), 18-36, 2003.

AL TABLERO. **Educación para desplazados un derecho, un deber**, 2012. Disponible en internet: <http://www.mineducacion.gov.co/1621/article-87379.html> (Recuperado el 29-01-2012).

CEPEDA ZAMUDIO, A. **La casa grande**. Bogotá, Editorial Plaza y Janes, 1998.

GARCÍA MÁRQUEZ, G. **Cien Años de soledad**. Bogotá, Círculo de Lectores, 1990.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, M. **Umbral de Indolencia**. Manizales, Editorial Universidad de Manizales, 2010.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, M., **Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo**. Pereira, Universidad Tecnológica de Pereira, 2011.

KANT, I. **Sobre la paz perpetua**, 2003. Disponible En: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/89929.pdf> (Recuperado en julio de 2013)

MEJÍA RIVERA, O, A., **Pensamientos de guerra**. Manizales, Universidad de Caldas, 2000.

MOLANO, A. **Desterrados, Crónicas del desarraigo**. Bogotá, El Ancora Editores, 2005.

MOLANO, A. **Ahí les dejo esos fierros**. Bogotá, El Áncora Editores, 2009.

REATI, F. S. F., **Pensamientos de guerra de Orlando Mejía Rivera: ¿Cómo nombrar lo indecible de la violencia colombiana?** *Disponible* En:

⁶ **Nota do Editor:** por decisão editorial mantivemos as referências adicionais e não citadas pelo autor, por acreditar que podem ser bons indícios para quem queira começar, aprofundar ou entender melhor as relações entre migração e violência na Colômbia.

http://www.colombianistas.org/Portals/0/Revista/REC-32/4.REC_32_FernandoReati.pdf. (Recuperado en septiembre de 2013).

RESTREPO, L. **La multitud errante**. Bogotá, Punto de lectura, 2001.

RIVERA, José E. **La vorágine**. Bogotá, Círculo de Lectores, 1997.

ROSERO, E. **Los ejércitos**. Barcelona, Tusquets Editores, 2010.

VALLEJO, F. **La virgen de los sicarios**. Bogotá, Alfaguara, 1998.

ACNUR, **Desplazamiento interno en Colombia**. 2012. Disponible en internet: <http://www.acnur.org/t3/operaciones/situacion-colombia/desplazamiento-interno-en-colombia/> (Recuperado en febrero de 2012).

EL ESPECTADOR, **Colombia registra 4,9 millones de desplazados por conflicto armado**. 2012. Disponible en internet en: <http://www.elespectador.com/articulo-234028-colombia-registra-49-millones-de-desplazados-conflicto-armado>. (Recuperado en mayo de 2012).

REVISTAS FUTURO. **Colombia: cuerpos marcados, crímenes silenciados**. s/d. Disponible en internet: <http://www.google.com/search?client=safari&rls=en&q=ataques+a+poblaciones+en+colombia+durante+los+ultimos+20+años&ie=UTF-8&oe=UTF-8> (Recuperado en noviembre de 2012).